

al movimiento reyista hasta 1909, que nunca tuvo intención de iniciar una revolución social, se pudo convertir en el líder indiscutible de la Revolución en su etapa más radical.

Luis Felipe Barrón

Centro de Investigación y Docencia Económicas

RENATO GONZÁLEZ MELLO y DEBORAH DOROTINSKY ALPERSTEIN (coords.), *Encauzar la mirada. Arquitectura, pedagogía, e imágenes en México, 1920-1950*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, 168 pp. ISBN 978-607-02-1590-2

En las últimas dos décadas, los historiadores de la educación han pretendido ir más allá del análisis de programas y discursos para adentrarse en la vida en el aula y en el papel protagónico que en la empresa educativa desempeñaron maestros, alumnos y padres de familia, hasta hace muy poco considerados por la historiografía como receptores inertes de las acciones oficiales. Se han interesado en conocer los obstáculos y resistencias al quehacer cotidiano de los maestros, los tropiezos y dificultades de los alumnos para adaptarse a un ambiente extraño y asimilar enseñanzas cuya utilidad no siempre comprendían o que entraban en conflicto con las creencias y preceptos de sus mayores y de su entorno familiar. Los estudiosos del tema han abandonado la perspectiva centralista, se han enfocado en regiones y pequeñas comunidades, y se han aventurado en el complicado entramado de conflictos locales. En su afán por trascender los lineamientos oficiales para desentrañar prácticas y recepciones, han ido más allá de las fuentes gubernamentales y han tratado de interpretar textos y materiales didácticos, festivos, campa-

ñas, obras de teatro, todo lo que sirvió para alfabetizar, formar y “civilizar”. En la búsqueda de nuevos caminos han hurgado en memorias y archivos, han ideado nuevas metodologías o las han adoptado de otras disciplinas, han vuelto la mirada a la historia oral y han revalorado el significado de la imagen, de ilustraciones de libros y publicaciones periódicas, de pinturas murales y de fotografías. Con nuevas fuentes e interrogantes han derribado mitos, destruido estereotipos y falsos héroes y han exaltado nuevos protagonistas.

Encauzar la mirada. Arquitectura, pedagogía e imágenes en México (1920-1950) es el resultado del esfuerzo de un grupo pionero, del que ya hemos visto ricos frutos anteriores en tesis de grado de alta calidad. Además de tener el mérito de difundir ensayos de autores no consagrados, pero no por ello menos autorizados o conocedores del tema, la obra enriquece la historiografía al insistir en el valor de un sendero original y fecundo: el discurso visual, cauce apenas insinuado en algunas investigaciones recientes. (La SEP comenzó a explorar esta veta con dos obras: *La pintura mural en los centros de educación de México* y *Los educadores de México en el arte y en la historia*,¹ que no son de fácil acceso al público).

El presente libro nos muestra que la cultura de lo visual es una innovadora y rica forma de percepción del mundo, que las imágenes reflejan formas de vida, ser y pensar, describen situaciones comunes, representan escenas del mundo cotidiano y también fantasías y mundos imaginarios o ideales. Los coordinadores de la obra y maestros de los autores, Deborah Dorotinsky y Renato González Mello, advierten: “Nuestras fuentes no iban a ser los discursos de José Vasconcelos, Jaime Torres Bodet o los presi-

¹ Véanse *La pintura mural en los centros de educación de México*, México, Secretaría de Educación Pública, 2003 y *Educadores de México en el arte y en la historia*, México, Secretaría de Educación Pública, 2005.

dentes de México, muy estudiados ya o repetidos una y otra vez por los historiadores, sino una variedad de documentos y textos ilustrados para comprender la construcción de la visualidad a partir de la enseñanza elemental”. Así, las herramientas visuales son utilizadas por los autores de los textos para comprender el quehacer de los maestros y alumnos dentro del aula. El análisis de las imágenes les proporcionó “noción sobre la higiene, los consensos científicos, los modelos de los salones de clase, los proyectos arquitectónicos, y las decoraciones de murales”.²

Los cuatro ensayos que integran la obra *Encauzar la mirada* coinciden en sus temáticas con los aspectos más sobresalientes de la política cultural del Estado posrevolucionario en estos años. En su afán por moldear un hombre nuevo que permitiera la construcción de una nación unificada y moderna, los dirigentes de los años veinte y treinta del siglo xx promovieron la educación, la salud y la higiene, difundieron códigos morales, combatieron prácticas retardatarias y fanatismos y pusieron el acento en incrementar la productividad de los trabajadores del campo y la ciudad. Los coordinadores de la obra señalan con asombro el entusiasmo de las autoridades educativas por propuestas universalmente repudiadas hoy en día, como el mejoramiento de la raza, por su asociación con el terror totalitario.

Los trabajos enlazan la mirada propia de cada uno de los autores con el contexto de las imágenes que analizan. El resultado es un libro original y bellamente ilustrado y editado. Nos recuerda que estas imágenes llevan su propio discurso que se modifica con las percepciones de los receptores y de quienes buscan desentrañarlos. Los ensayos llaman la atención sobre esta cultura visual que se desplegó profusamente desde la creación de la Secretaría de Educación Pública en 1921 por medio del impulso

² Renato GONZÁLEZ MELLO y Deborah DOROTINSKY, *Encauzar la mirada*, p. 10.

que dio Vasconcelos a la pintura mural, y que posteriormente enriquecieron los artistas, convertidos en maestros misioneros, al decorar muros de escuelas, teatros al aire libre, de guiñol y títeres, o al ilustrar carteles, folletos, cartillas, libros de texto. Un estudioso del tema señala: “En las misiones culturales la ausencia de letras obliga al cartel, al periódico mural, a la caricatura, el libro de lectura se ve obligado a incorporar una ilustración de trazos firmes muy cercana al ojo popular”.³ La SEP utilizó la imagen como apoyo en su tarea civilizadora. Numerosos artistas, transformados en educadores, promotores del cambio social, dirigentes, propagandistas y decoradores, actuaron como enlace entre el Estado y el pueblo y, sin embargo, modificaron el proyecto oficial de acuerdo con sus ideales. Además de las obras de Diego Rivera, cuyo trabajo como ilustrador de libros es bien conocido (el mejor ejemplo es quizás *Fermín*, el entrañable texto de lectura para niños del campo), hay que destacar, entre otras, las portadas de la revista periódica *El Sembrador*, editada por la SEP en 1929 y de *El maestro rural*, que se publicó entre 1932 y 1940, ilustradas con las maderas de Ezequiel Negrete, Francisco Díaz de León, Leopoldo Méndez y el mismo Rivera, o los dibujos de Roberto Montenegro, imágenes que hablan por sí mismas y que traducen al lenguaje visual los mensajes civilizadores del gobierno. El resurgimiento del muralismo en los años del secretario Narciso Bassols (1931-1934) y la labor de Juan O’Gorman al frente del Departamento de Construcción de Escuelas, junto con la de Pablo O’Higgins, Alfredo Zalce, Julio Castellanos, Máximo Pacheco, entre otros, es un filón riquísimo que los estudiantes de Dorotinsky y González Mello han explorado y del que la presente obra es una excelente muestra.

Tres de los artículos de la obra tienen bases afines: un ma-

³ Mario MORALES MORA, *Misiones culturales. Los años utópicos, 1920-1938*, México, Conaculta, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1999, p. 80.

nual de juegos infantiles sirve a Daniel Vargas Parra en “Fisiología lúdica de la higiene” para analizar la importancia del juego y adentrarse en las prácticas de higiene y en las tendencias eugenésicas de las autoridades educativas. Natalia de la Rosa, en “Arquitectura y pintura mural en la escuela Domingo Faustino Sarmiento” incursiona en un tema poco conocido: la arquitectura al servicio de la higiene y la salud, y resalta el carácter pedagógico de los murales que adornan la escuela, tema también del cuarto ensayo: de Ariadna Patiño, “Juegos infantiles, el símbolo lúdico en los murales de Julio Castellanos”. Ambas autoras tienen un motivo paralelo en su trabajo: preservar el mensaje y el valor de los murales. En otro artículo del libro, “En busca de un libro de texto: el caso de *Simiente*”, Claudia Garay Molina examina, por medio de las imágenes del texto, las representaciones del ideal del campesino y del mundo rural de la época.

Para Vargas, autor del primer capítulo, el uso de la teoría del juego es un disfraz para la profilaxis del instinto sexual. El libro *Los juegos infantiles*, del jalisciense Ramón García Ruiz, con prólogo del doctor Alfonso Pruneda, remite según él a las ideas médicas de la época y muestra que las fronteras entre las preocupaciones por la higiene y por la eugenesia eran difusas. Es pertinente recordar que desde el porfiriato la promoción de la salud no estuvo exenta de visos de eugenesia. Justo Sierra, como muchos de sus contemporáneos, objetaba que los alcohólicos contrajeran matrimonio pues transmitirían a sus hijos taras fatales. Pruneda desde la Universidad Popular (creada en 1913), de la que fuera rector, difundió las primeras conferencias de higiene sexual en México. En el *Almanaque* de la misma Universidad, publicado en 1919, usó ilustraciones como herramientas didácticas para advertir a los adultos analfabetas sobre el peligro de las enfermedades venéreas y el alcoholismo:

Los efectos del alcohol físicos y morales son terribles [...] se hacen sentir en la descendencia en el hijo engendrado durante la intoxicación. Los descendientes de un alcohólico llevan consigo como maldición divina la terrible herencia del vicio: presentan con frecuencia señales evidentes de degeneración: son idiotas, criminales, locos y no es nada raro que beban también como su padres o su abuelo, pero afortunadamente para el porvenir de la raza, las generaciones de alcohólicos se extinguen pronto, porque si no fuera así, pulularían los inútiles, los viciosos y los perversos, con prejuicio de los elementos sanos de las colectividades.⁴

Sin embargo, el interés de varios funcionarios del régimen de Calles por la eugenesia apenas fue más allá de “experimentos” como los de la Casa del Estudiante Indígena en la que se realizaron a los internos mediciones antropomórficas para conocer la pureza de su raza; se hizo patente en la Ley Prematrimonial de 1926 y en numerosas campañas a favor de la higiene y la salud, contra el alcoholismo y antivenéreas, respaldadas por una profusa propaganda visual.

Según la percepción de Vargas: “El texto de García Ruiz constituye, más que un manual de juegos, la prueba que el proyecto de educación sexual pretendido por Bassols rebasó el periodo en que éste dirigió la SEP e incluso es la evidencia de que más allá del Maximato se imprimió a la educación socialista un sesgo ortopedista alentado por un médico veterano formado en la ideología eugenésica de los años veinte”.⁵

En “Mirada dirigida y control del cuerpo”, la autora resalta la importancia de un proyecto arquitectónico poco conocido

⁴ Alfonso PRUNEDA, “El alcoholismo”, en *Primer Almanaque de la Universidad Popular Mexicana*, México, Imprenta Victoria, 1919, pp. 36-38. Citado en Sandra Solano, “El primer (y único) Almanaque de la Universidad Popular” (manuscrito).

⁵ Daniel VARGAS PARRA, “Fisiología lúdica de la higiene”, en *Encauzar la mirada*, p. 69.

del gobierno callista, las Escuelas al Aire Libre, singulares construcciones con dos o tres muros que dejaban a la vista el trabajo escolar. La forma de construir los planteles era un discurso en sí mismo: someter la escuela al control de la comunidad y estrechar los vínculos entre ellas, servir de ejemplo y promover y salvaguardar la salud del alumno. Esta última preocupación afloró desde el Congreso Higiénico Pedagógico de 1882 y se materializó en instituciones como la Inspección de Higiene Escolar de 1908. Pedagogos y educadores como Gregorio Torres Quintero, Vasconcelos, Rafael Ramírez y Moisés Sáenz subrayaron reiteradamente la importancia de los espacios abiertos, los deportes y los juegos en el desarrollo armónico de los educandos. A estas escuelas las precedieron siete centros escolares, situados en barrios populares, cuyo propósito era convertirse en el núcleo de la vida del vecindario. El Centro Belisario Domínguez, por ejemplo, contaba con gimnasio, tanque de natación, estadio escolar y amplios corredores decorados por Carlos Mérida.

En las Escuelas al Aire Libre, orgullo del régimen, se derribaron muros en sentido real y figurado. Su bajo costo permitía multiplicarlas y evitar a los niños los riesgos, peligros y fatigas de trasladarse a escuelas lejanas. Las seis escuelas llegaron a albergar a más de 5 000 alumnos, la Domingo Faustino Sarmiento, objeto del estudio de Natalia, en la zona del Parque Balbuena, hoy sede del edificio de la delegación Venustiano Carranza, tenía cabida para 900. Las autoridades confiaban en que las escuelas despertarían en los padres deseos de una mejor vida y contribuirían a modificar las barriadas peligrosas. La autora analiza la conexión entre la arquitectura escolar y los murales de Máximo Pacheco, la conjunción entre la construcción escolar que permitía ver hacia fuera, y los murales y frescos que mostraban o representaban la actividad interior. Por causas diversas las instituciones tuvieron una vida efímera, los muros volvieron a levantarse.

La mirada particular de Ariadna Patiño al tríptico mural de Julio Castellanos *Juegos infantiles*, en la Escuela Primaria Héroes de Churubusco (la única obra de este género que se conserva), distinta, sin duda a la recepción que tuvo en su época, pretende descifrar las intenciones del artista e interpretar sus mensajes. La autora destaca el papel pedagógico de los murales y su función como “ejes comunicativos” entre la escuela y la comunidad. A su modo de ver, Castellanos reivindica en su ensayo el derecho del niño al juego y la libertad, a la salud y a la higiene. Su obra, que fue comparada con la de Orozco, tuvo una preocupación fundamentalmente estética y sin embargo, según la percepción de Patiño, en estos murales parece haber un tono “anticlericalista” y un cierto afán subversivo. La autora se pregunta si la finalidad del artista fue utilizar el juego como medio de mostrar a los niños las desigualdades de la sociedad.

Simiente, libro de lectura editado en 1935, objeto de análisis del último ensayo, tuvo varios antecedentes: uno de ellos fue el texto de 1929, pionero en su género, *ABC para el niño campesino*, editado en Tabasco, en donde por más de una década había tenido gran arraigo la educación racionalista. Las lecciones, aunque dirigidas “al pequeño proletario”, buscaban despertar la conciencia de clase entre los trabajadores adultos, denunciar la explotación de que eran víctimas y señalar el camino para su emancipación. Antes que *Simiente* salieron también a la luz en 1931 los cuatro libros de texto para campesinos de la serie *El Sembrador* de Rafael Ramírez, edición de Herrero Hnos. vigilada por la SEP. En 1933 la propia SEP publicó 182 000 ejemplares de los mismos textos, ilustrados con elocuentes imágenes, para las más de 5 000 escuelas rurales del país. También de Ramírez se publicó a finales del cardenismo *El Plan Sexenal*, con dibujos de un muy joven Alberto Beltrán. Otra lectura para campesinos fue *Vida rural*, de Ernesto Martínez de Alva, y junto con *Simiente* se publicó la serie *VIDA* y la serie *SEP* para las nocturnas de trabajadores,

ilustradas por artistas de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR).

Una de las aportaciones del ensayo de Garay Molina es analizar las ilustraciones de Julio de la Fuente, llamar la atención a esta faceta de dibujante, no de todos conocida, del futuro antropólogo quien en el Congreso Indigenista de Pátzcuaro de 1940 denunció la violencia que la escuela representaba para el niño indígena y para su cultura.

En *Simiente*, la visión de la familia campesina repite los valores y patrones de la familia tradicional: la madre confinada en el ámbito doméstico, “siempre, en sus tareas de madre y esposa” el padre en el campo; a diferencia de los libros de texto para las escuelas nocturnas en que la mujer, además del hogar, tiene un lugar propio en la fábrica, en el sindicato y en la lucha social. *Simiente*, como las publicaciones oficiales de estos años, emprende con imágenes y textos una lucha contra los males que según las autoridades aquejan al campesino: el alcoholismo, el fanatismo, la falta de higiene, las creencias retardatarias. Las lecciones tendían a modernizarlo, pero sin desarraigarlo del campo, buscando siempre que su trabajo fuera más productivo.

Bienvenidas obras como éstas que descubren una rica veta y que nos enseñan a “encauzar la mirada”. Que muestran que hay varias maneras de mirar: que recuerdan que “la mirada visual” había sido olvidada y que en la historiografía, el discurso oral había avasallado al discurso visual.

Engracia Loyo
El Colegio de México